



Primer lugar

◆ Rodrigo Javier Costas ◆

Providencia

Descubrimiento

La tarde de domingo se desvanece de a poco. El sol se retira tibio por entre las ramas casi desnudas de los árboles. Sentados en un banco, dos hombres mayores la han pasado leyendo: uno, el diario del día; el otro, una inmensa novela histórica. Apenas se han detenido a comentar una noticia política, recordar una compra pendiente en la farmacia, repetir un chiste ya sabido, suspirar el cansancio, esperar, estar. Han visto pasar la tarde y, entre página y página, han seguido con la mirada a las personas que pasan caminando, en bicicletas, con perros de distintas razas, en grupos de amigos, con la familia, con niños tras una pelota, en parejas, solas.

El que ha leído el diario lo dobla y lo deja sobre sus rodillas. Juega con sus dedos sobre el papel. Mira para un lado y otro del parque. Tararea pedazos dispersos de una canción antigua. Se rasca la cabeza y arregla la bufanda en torno a su cuello. Comienza a mover el pie al ritmo de la canción que no consigue hilar. El otro hombre detiene su lectura, marca con el dedo la página que lee y observa el grueso perfil de su compañero. Se aguanta la pregunta de rigor. La sabe innecesaria. Sonríe y sin saber por qué, le toma la mano.

-¿Qué haces?- responde el otro sin saber qué hacer ante el contacto.

Cruzan una mirada llena de sorpresa, incredulidad y temor. Sin embargo, los dedos no se sueltan y al fijarse el uno en el otro vuelven a conocerse treinta años atrás en ese curso de locución, vuelven a conquistarse despacio en torno a una cerveza, ríen con los amigos y salen de vacaciones al sur otra vez; se separan dos veces llorando al creer el fin definitivo y reviven la muerte de sus padres sin más abrazo que el de la intimidad; vuelven por las noches a la casa compartida como refugio y exilio, pasean al perro gordo del que guardan una foto en el escritorio, se ajustan a la reciente y mezquina jubilación del mayor y se sientan de nuevo a leer en el parque una tarde de otoño. Más de treinta años juntos y nunca se habían dado la mano en la calle. Hasta ahora. Una bicicleta se acerca a ellos y las manos se mantienen unidas en la tensa espera de verla pasar. El pedaleo es lento, las ruedas giran cansinas sobre el maicillo. Apenas se atreven a mirar al ciclista. Solo captan rasgos básicos. Un hombre joven. Bigotes tupidos. Una mochila. Zapatillas deportivas. Y pasa. No los mira. No dice nada. No se detiene. Lo ven seguir adelante en su bicicleta. El ruido de los niños se escucha aún a lo lejos. Una hoja cae suavemente del árbol más cercano. La tarde sigue su curso lánguido. Y los dedos de ambos sienten la tibieza de los del otro.

-Nada- descubre con una sonrisa aliviada -. No pasa nada.